

esperaba que con su auxilio podría satisfacer antes su insaciable ambición. La curia romana, que pretendía utilizarle para sus fines, fué mas bien utilizada por él para los suyos propios. Pascual II le hizo comprender que al abandonar á su padre excomulgado, no solo cumplía un deber para con la Iglesia, sino que procedía en beneficio propio, poniéndose en condiciones de heredar, pues de otro modo no podía esperar sentarse en el trono que se le había prometido. Este argumento convenció por completo al endurecido joven, y así se realizó la alianza ante la cual sucumbió Enrique IV y que decidió durante mucho tiempo de la suerte de Alemania y de su monarquía. El rey había sido completamente engañado y quedó extraordinariamente sorprendido en el momento decisivo. Durante una expedición á Sajonia, que Enrique IV emprendió para libertar á Hartwich, obispo designado de Magdeburgo que había sido hecho prisionero por los partidarios del pontífice, el joven rey abandonó repentinamente (diciembre de 1104) la corte en Fritzlar, desoyendo todas las exhortaciones de su padre y de los príncipes y manifestando que nada podía haber ya de comun entre él y su excomulgado padre. Al tener noticia de este suceso, los enemigos laicos y eclesiásticos del emperador, que durante tanto tiempo se habían encontrado sin caudillo, se agruparon al rededor de este nuevo jefe, y la curia romana, en su alegría, se mostró dispuesta á hacer en su favor cuanto fuese necesario. La rebelión se hizo, pues, muy pronto general, y una nueva guerra civil entre padre é hijo pareció inevitable. Antes, sin embargo, de que estallara, el emperador se vió desarmado por una serie de nuevos sucesos, hijos de la mas pérfida de las traiciones. Auxiliado por sus vasallos del Rhin y de Franconia, y por los contingentes bohemios y austriacos, entró en campaña contra su hijo, que se veía apoyado especialmente por la nobleza de Sajonia y de Baviera. Los príncipes le negaron todo ulterior auxilio, mientras su hijo, fingiendo benevolencia hácia su padre, le advirtió que le amenazaban nuevas traiciones, lo cual le hizo emprender precipitada fuga. Naturalmente el ejército imperial se disolvió, en vista de lo cual Enrique IV se dirigió de nuevo al Rhin, en cuyas ciudades esperaba encontrar auxilio. En Maguncia fué muy bien recibido; pero al ver que se acercaba su hijo se refugió en Colonia, que también le guardaba fidelidad. Allí reunió pronto un nuevo ejército, con el cual marchó hácia el Mosela en busca de su hijo para impedir la celebración de la dieta que este había convocado y que era de esperar dictaría contra él las mas hostiles resoluciones.

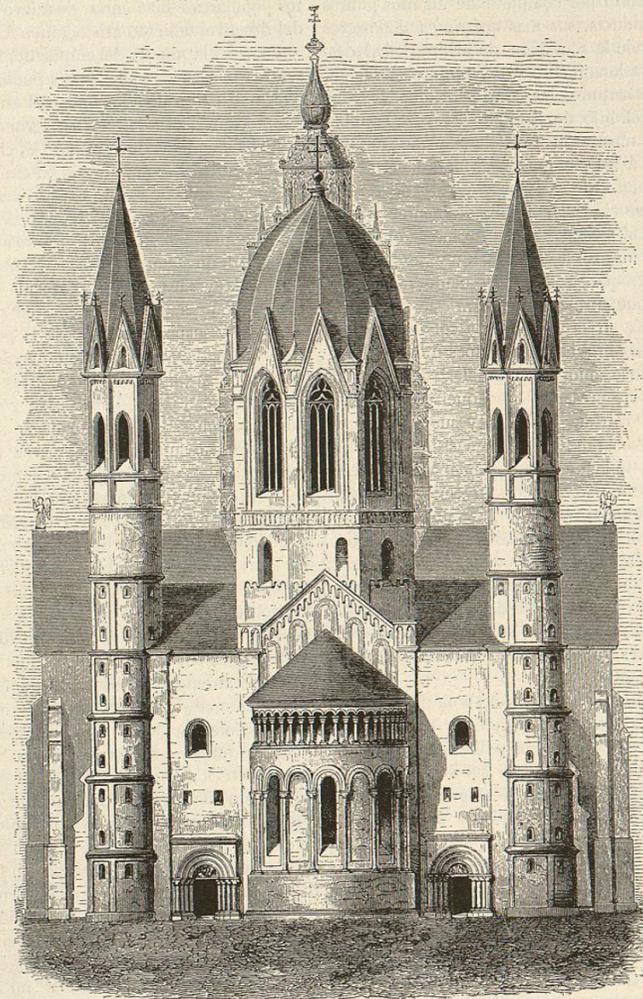
El joven Enrique no quiso fiar á las armas el éxito de la empresa, pues vió con temor cuán poderoso era todavía y cuán dispuesto al sacrificio estaba el partido del emperador; así es que apeló á un tejido de astucias, engaños y traiciones. En efecto, como si su misión fuera simplemente servir de mediador entre su padre y la Iglesia, solicitó una entrevista con el primero, que se celebró en Coblenza. El rey logró engañar por completo al emperador con su ternura y adhesión fingidas: el padre aceptó la mediación que se le proponía y en union de su hijo emprendió el camino hácia Maguncia; pero en Bingen, donde pernoctaron, se descubrió la traición, pues el emperador en vez de ser llevado á Maguncia fué conducido, subiendo por el valle del Nahe, al castillo de Bockelheim, junto á Kreuznach. Una vez allí, se le detuvo prisionero, dejándole muy pocos servidores y sometiéndole á las mas dolorosas privaciones, hasta el punto de negarle los consuelos de la religión. En vista de esto, Enrique IV se decidió á dar el único paso que podía salvarle, es decir, á abdicar la corona. Con esto no hizo mas que reconocer formalmente el hecho consumado de su destitución, pues su hijo, rodeado de los príncipes, había celebrado una

fastuosa asamblea en Maguncia, donde en 27 de diciembre de 1105 tuvo noticia de la decision tomada por su padre. Este vióse inmediatamente obligado á entregar las insignias reales y fué conducido á Ingelheim, donde debía hacer formalmente su abdicacion, pues en Maguncia era de temer que el pueblo se sublevara en favor del maltratado emperador. Lo que allí sucedió solo puede compararse con la humillacion que á Ludovico Pio hicieron sufrir su hijo Lotario y los obispos con él aliados; los sufrimientos que había padecido Enrique en Canosa no eran nada comparados con los que hubo de padecer en aquella ocasion. Indefenso, en manos de sus mortales enemigos, á cuyo frente figuraba su propio hijo, Enrique, completamente aniquilado, consintió en todo cuanto se le exigió con el solo objeto de salvar su vida y de recobrar la libertad. Pero los vencedores no quisieron desprenderse de él á tan bajo precio: Enrique, á quien tan agradecidos estaban tantos millares de séres, fué como en otro tiempo Ludovico Pio ejecutado moralmente, haciéndole imposible para siempre el volver á ser rey; también fué esta vez la Iglesia la que autorizó tal violencia, formulando contra él las mas terribles acusaciones y no permitiéndole que se defendiera, á pesar de pedirlo él de rodillas y de manifestar que si se le encontraba culpa estaba dispuesto á hacer la penitencia que se le impusiera. El infeliz fué atormentado, amenazado y martirizado hasta que completamente exánime se manifestó dispuesto á hacer la confesion que se le pedia de sus pecados, á condicion de que despues seria nuevamente admitido en el seno de la Iglesia; pero cuando hubo hecho la confesion impuesta, se le negó la absolucion prometida, continuando sujeto á la excomunion: era preciso que abdicara formalmente la corona y que la entregara expresamente á su hijo. El emperador cedió por fin hasta en eso, para sufrir luego un nuevo engaño, pues se le retuvo en Ingelheim, mientras Enrique V celebraba fastuosa dieta en Maguncia y se hacia reconocer por los príncipes como soberano del imperio.

Entretanto, habiase extendido por todo el Rhin y propagado por todos los territorios del imperio la noticia de tan inauditos sucesos, siendo causa de que estallara la indignacion. La opinion pública se mostraba decididamente favorable al maltratado emperador, pues todos cuantos habían sido favorecidos por sus esfuerzos en pro de la paz se veian seriamente amenazados por el cambio realizado, ya que era de temer que la burguesía de las florecientes ciudades fuera entregada al capricho de los nobles bandidos y al despotismo de un tirano que no retrocedía ante los mas repulsivos medios. Al tener noticia de estas manifestaciones de la opinion, Enrique IV recobró su antigua energía: anuló las declaraciones que por medio de la violencia le habían sido arrancadas en Ingelheim; regresó á Colonia, donde fué recibido con gran júbilo, y para desvanecer cualquiera duda que pudiera quedar acerca de su religiosidad se dirigió descalzo á Aquisgran y fué á reunirse con su leal partidario el obispo Otberto de Luttich. Esta ciudad fué el centro donde se reunieron rápidamente los imperialistas, á cuyo frente se encontraba el duque Enrique de Lorena, y á los cuales se unió también el conde Roberto de Flandes. Solicitose entonces el auxilio de Francia y con igual objeto se entablaron negociaciones con Inglaterra y con Dinamarca, mientras en las comarcas del Rhin iba en aumento la excitacion y estallaba la indignacion general contra el hijo, que se había hecho reo de tan graves delitos. Este arrojó impasible las consecuencias de sus actos y, acompañado de su ejército, se presentó en campaña á pesar del armisticio que la solemnidad de la Pascua imponía, saliendo de Colonia en direccion á Luttich. En el puente que en Visé cruza el Mosa, su

vanguardia encontró las fuerzas del duque de Lorena, y fué completamente derrotada, á consecuencia de un precipitado ataque que le hizo caer en una emboscada. Esto obligó al rey á retroceder á Colonia, ciudad que entretanto se había levantado en favor de Enrique IV y que se negó á recibirle; de suerte que se vió obligado á huir por Bona hácia Maguncia, quedando en una situacion sumamente comprometida.

¡Qué júbilo reinó en Luttich al tenerse noticia de estos sucesos! En el último momento, todo parecía cambiar en sentido favorable al emperador, tan perseguido por la suerte: la misma curia no se atrevió á rechazar tan brutalmente como hasta entonces las proposiciones de Enrique, pues la conducta de los príncipes le hacia comprender que había tocado á su término su dominacion en Alemania. Pero cuando la



La catedral de Maguncia en los siglos XII y XIII

situacion ofrecia tan halagüeñas esperanzas, súpese que Enrique IV había fallecido en Luttich en 7 de agosto de 1106.

La muerte del emperador ocurrió en el momento en que, con circunstancias tan favorables como en ninguna otra ocasion, había querido reanudar la lucha por el honor y el derecho de la monarquía, acompañado de todas las simpatías de las masas del pueblo bajo, reconciliado con antiguos adversarios, justificada su conducta por las vejaciones atroces que su propio hijo y la Iglesia jerárquica, aliada de este, le habían hecho sufrir, y despues de una victoria que hacia augurar un bello porvenir y que dió á los suyos plena con-

fianza de conseguir un éxito completo. Todas estas esperanzas quedaban desvanecidas. La muerte de Enrique IV decidía y sellaba la victoria de la revolucion religioso-aristocrática á cuyo frente figuraban el papa y el hijo del emperador, y puso la direccion del imperio y el porvenir de Alemania en manos de los que habían combatido el estado de paz creado por Enrique IV como una limitacion de su libertad y un perjuicio causado á su situacion social y económica. Las consecuencias recayeron sobre la clase media y los labradores, protectores agradecidos de Enrique. El desenvolvimiento que se imprimió á Alemania tuvo una tendencia

enteramente contraria á la que se habia seguido en Francia: de la gradual agrupacion de sus fuerzas, de la desaparicion de las diferencias políticas y de la centralizacion administrativa se pasó al progresivo desarrollo de los antagonismos sociales y al irresistible fraccionamiento político.

De este punto debia partir la historia para formular su juicio crítico sobre Enrique IV. Que al emperador pueden imputársele algunas faltas morales, ¿quién seria capaz de negarlo? Aun prescindiendo por completo de algunos puntos vulnerables de su conducta, sus mas acérrimos defensores no pueden absolverle de la acusacion de arbitrariedad despótica, de fogoso apasionamiento y de tenaz obstinacion. Pero preciso es confesar que si las buenas cualidades y las excelentes prendas del hijo de Enrique III y de la noble Inés de Poitou no se mostraron en todo su esplendor, fué en gran parte debido á las circunstancias anormales é impropias para producir un sano desenvolvimiento de que la juventud de Enrique se vió rodeada. Si se tienen en cuenta las influencias á las cuales estuvo sometido, no se extrañará que llegara á hacerse insensible, disimulado y desconfiado; pero la rígida escuela en que se educó hizo madurar tambien los buenos gérmenes que en él existian. Enrique IV era de carácter belicoso, tenaz en la desgracia y suficientemente elástico para doblegarse ante los rudos golpes de una suerte adversa, pero sin dejarse aniquilar por ella. Nadie podrá dejar de conmoverse en presencia de aquella década de luchas durante la cual Enrique defendió y supo mantener con indomable valor y en medio de las mas desfavorables circunstancias la causa de la monarquía alemana á su defensa confiada. Tenia profundidad de miras, inventiva y energía en la realizacion de sus planes y como general, si no supo conseguir grandes victorias, supo atraerse á sus soldados. Estas cualidades, sin embargo, al principio de su reinado fueron empleadas para fines muy distintos de los que persiguió en los últimos años. Las palabras del poeta, de que el hombre se cree cuanto mas grandes son los objetivos que se propone, se habian realizado por completo en la persona de Enrique IV.

El rey comenzó á gobernar como un déspota deseoso de destruir el órden de cosas existente y de crear un régimen absoluto que acabara con los derechos y libertades de que hasta aquella época habian gozado sus súbditos, y entonces los que se consideraron amenazados se unieron á la curia romana para hacer fracasar los planes del monarca y para debilitar y desprestigiar el imperio y la monarquía, sin comprender en su apasionamiento hasta qué punto labraban su propia ruina. Enrique prosiguió la lucha, que habia comenzado con cierto arrebato apasionado dándole un carácter personal, cada vez mas convencido de la importancia de una contienda en la cual se trataba de una cuestion de principios de gran trascendencia para el porvenir de Alemania. Su arribatado carácter juvenil encontró en esta lucha el centro regulador, aclarativo, moralizador y espiritualista de su política; y á medida que fué adquiriendo este convencimiento, fueron desapareciendo las sombras que sobre sus errores arrojaba el pasado y se convirtió en el representante de las esperanzas nacionales y de universales ideas. Entonces consiguió tener una nueva base de derecho y con ella una nueva situacion para su monarquía y para su persona que dió nueva solidez y nuevo valor á una y á otra. No puede afirmarse que Enrique se propusiera realizar un programa político trazado por él y por él con toda conciencia seguido. Paulatinamente y cuando en la lucha colosal contra los príncipes y contra el pontificado se trató de reconstruir el imperio sobre las ruinas del que habian fundado sus antecesores, realizó Enrique la evolucion que atrajo á su causa

á la gran masa del bajo ministerialismo, á la burguesía de las ciudades y á los labradores que abrazaron su partido para combatir á los príncipes y á la nobleza feudal. La monarquía, que se habia visto abandonada por sus aliados aristocráticos, se apoyó por los esfuerzos de Enrique en los elementos populares de la nacion alemana, y Enrique de este modo le devolvió inconscientemente su antiguo carácter democrático. La muerte de Enrique fué la derrota de estos elementos populares é hizo entrar de nuevo á Alemania en la senda del desenvolvimiento aristocrático-feudal.

Por esto la muerte del emperador fué extraordinariamente sentida por las clases bajas del pueblo alemán, siendo Enrique muy compadecido, mientras en el campo del hijo del difunto, alrededor del cual se agrupaban los nobles y eclesiásticos enemigos de Enrique IV, el júbilo causado por este acontecimiento se manifestó con cinismo é intensidad tanto mayores cuanto que con razon se habia apreciado toda la gravedad de la situacion y temido la victoria del emperador y de sus populares aliados. La reaccion feudal y clerical vióse libre de su mas temible adversario y el pueblo lamentó la pérdida de su protector, acaecida en el momento en que mas esperanzas podian tenerse en una completa victoria. Llorando y suspirando agolpóse el pueblo en Lutich alrededor del cadáver del amado emperador y arrancó despues la tierra en que habia reposado, creyendo padosamente que con ella los campos se fertilizarian y producirian mas abundantes cosechas. Los que sin hacer nada habian resultado vencedores no supieron celebrar su triunfo sino interrumpiendo el reposo sepulcral del difunto. En efecto, contra el leal obispo Otberto, que mandó dar sepultura en la catedral al querido emperador, lanzó entredicho el arzobispo de Magdeburgo, que desterró además á aquel obispo, mientras que Enrique V, que despues de muerto su padre no podia combatirle, solicitó de Pascual II que alzara la excomunion que sobre él habia pesado, á fin de que el emperador pudiera ser enterrado en el sepulcro de la familia sálica que existia en Espira, cuya catedral aquel monarca habia venerado en extremo y dotado pródigamente. El cadáver fué, pues, exhumado á los ocho dias y depositado provisionalmente en una capilla no bendecida de una de las islas del Mosa, sin ninguna de las ceremonias religiosas que suelen hacerse en los entierros de las personas mas humildes. Nueve dias despues fué nuevamente conducido, con gran acompañamiento del conmovido pueblo, á la catedral, desde donde por órden de Enrique V fué llevado á Espira para ser solemnemente recibido y enterrado en la tumba de los salios al lado del cadáver de Enrique III. El obispo Gebahrd puso, por este motivo, la catedral en entredicho, y ordenó, imperturbable ante la indignacion del pueblo, que los restos mortales del emperador fuesen de nuevo exhumados y depositados en una capilla lateral no consagrada todavía, donde permanecieron hasta que el hijo vengó violentamente á su padre de la Iglesia y obligó á Pascual II á que le restituyera incondicionalmente todos los derechos por los cuales Enrique IV durante tantos años habia combatido. Libre, por fin, Enrique IV de la excomunion, fué enterrado en 7 de agosto de 1111 con gran pompa, asistiendo al acto su hijo y gran número de príncipes.

#### CAPITULO V

ENRIQUE V Y EL CONCORDATO DE WORMS

(1106-1125)

La muerte de su padre hizo á Enrique V, cuya posicion estaba un tanto comprometida, dueño de la situacion, pues desde el momento en que se presentó aliado con los repre-

sentantes de la jerarquía eclesiástica y como jefe de la nobleza alemana apta para empuñar las armas y ganosa de guerra, los obispos que hasta el último instante se habian mantenido fieles á Enrique IV no tuvieron mas remedio que prestar obediencia al que era jefe reconocido del imperio. Unicamente algunos de los partidarios del padre persistieron en su resistencia, pero pronto sucumbieron ante las fuerzas superiores del joven soberano, cuyo perdon tuvo que comprar á costa de duros sacrificios la misma orgullosa Colonia. Esto no obstante, pronto se vió el rey envuelto en dificultades, pues entre los elementos en que se apoyaba no reinaba la mejor armonía, por la diferencia y aun oposicion de fines que cada uno perseguia. En efecto, mientras el episcopado alemán, cansado en su mayoría de la larga lucha de las investiduras, estaba dispuesto á aceptar el convenio que le dejaba el pleno goce de sus bienes temporales y de su importante posicion y no tenia temor ninguno de dar al imperio, despues de destruidos los abusos que tanto repugnaban á la Iglesia, lo que al imperio correspondia, y mientras por otro lado queria mantener en pié contra las extralimitaciones de la nobleza laica el órden de cosas creado por la tregua de Dios y la paz imperial de 1103, esta nobleza combatia tan laudables esfuerzos y no queria consentir en que se introdujera modificacion alguna que la perjudicara bajo el punto de vista económico, disminuyera su importancia social y acabara con la influencia política que hasta entonces habia ejercido. El partido gregoriano, en cambio, esperaba de Enrique, á quien habia elevado al trono, que satisficiera todas sus exigencias, especialmente el reconocimiento de la prohibicion de las investiduras, que significaba la sumision del Estado á la autoridad pontificia, suponiendo que por el interés de la Iglesia realizaria, como rey, la revolucion contra la cual su padre habia emprendido tan desesperada lucha.

Ninguno de estos partidos vió satisfechas sus esperanzas, á todos les esperaba un gran desencanto, pues el nuevo monarca no habia apelado á toda clase de astucias y violencias, ni procurado destronar á su propio padre, ni pisoteado todo derecho divino y humano para hacerse mero instrumento de uno ú otro partido. El soberano que no habia respetado ni la cabeza de su propio padre, no se sentia dispuesto á tolerar que otra autoridad pusiera límites á su soberanía. Una vez sentado en el trono de su padre, se quitó la máscara que hasta entonces habia llevado y se confesó partidario del sistema político por el cual su padre habia luchado, y del cual habia él hecho el principal fundamento de su rebelion. Al proceder así, lo hizo con toda la ciencia política que ponía á su disposicion lo mismo el arte del disimulo que la violencia despótica, lo propio las halagüeñas y tranquilizadoras palabras que la red de las mas hábiles intrigas. Hízolo tambien con aquella profunda mirada política con que abarcaba clara y seguramente los hechos consumados, y con un valor indomable que en el momento supremo le impulsaba á las empresas mas temerarias. El joven monarca estaba por encima de todo acto de sensibilidad, pues se habia endurecido en las revueltas en que se desarrolló su juventud y era un verdadero déspota que propagaba el terror por doquiera y que ni podia ni queria despertar ni alimentar afecto alguno de simpatía. Sin embargo, preciso es confesar que esta política, inspirada en el mas craso y despótico egoismo y ajustada por completo á los sucesos, era la única que tenia probabilidades de éxito, pues aun prescindiendo de los intereses de la monarquía, á cualquiera de los tres partidos momentáneamente á él unidos que se inclinase Enrique, la consecuencia inmediata habia de ser siempre la desercion de los otros dos y quizás su rebelion abierta. Manteniéndose unido á los tres, dió lugar á que cada uno de ellos concibiera la esperanza de

ver realizadas sus exigencias y podia utilizarlos á todos y aun lanzarlos, cuando conviniera, el uno contra el otro. Así podria conquistar una completa independencia y estar seguro de encontrar, en medio de la situacion desastrosa en que habia comenzado su gobierno, un camino que le condujera á la realizacion de los planes que se habia propuesto.

La que mayor desencanto sufrió fué naturalmente la curia romana. El papa Pascual II celebró, en octubre de 1106, un concilio en Guastala, en el territorio de Matilde de Tuscia, la protectora de la curia, concilio en el cual, además de otros obispos alemanes, se presentó Bruno de Tréveris, el consejero mas influyente de Enrique V. Bruno era portador de un mensaje de Enrique V en el cual, despues de hacer protestas, — que habian de ser sospechosas partiendo de él, — de que queria honrar á la Iglesia como madre y al papa como padre, invitaba á Pascual II á que fuera á Alemania y terminara con su arbitraje la lucha que entre él y los príncipes existia. El monarca ofrecia al papa voluntariamente lo que Enrique IV habia tratado á toda costa de evitar, por considerarlo una humillacion imposible de remediar, no reparando, para ello, en hacer la peregrinacion á Canosa. Pascual II no vió, por el momento, en aquella comunicacion lazo alguno; así es que prometió encontrarse, en noviembre, en Augsburg para ser mediador de paz. Los acuerdos del concilio de Guastala fueron conciliadores: un gran número de los obispos nombrados en tiempo del cisma fueron confirmados, con lo cual se disminuyeron las filas de la oposicion episcopal contra Roma. Pascual II, creyendo poder insistir decididamente en la exigencia principal, renovó en Guastala la prohibicion de las investiduras, sin limitacion ni excepcion alguna en favor de las condiciones especiales del imperio, ante las cuales se habia mostrado dispuesto á hacer algunas concesiones el mismo Gregorio VII en los primeros momentos del conflicto. En aquel tiempo precisamente habia conseguido que Enrique I de Inglaterra y Kalmany de Hungría renunciaran expresamente á la investidura, pero ninguno de estos dos monarcas perdía con ello los bienes y derechos que hubiera perdido el rey alemán á haber hecho igual renuncia. En tales circunstancias era insostenible la falsa apariencia de paz á que parecian dispuestas ambas partes. Lo que se decia acerca de las verdaderas intenciones del monarca, y la excitacion que en Alemania reinaba contra la curia, indujo á Pascual II á suspender el proyectado viaje á Augsburg. El papa tampoco se creyó seguro en Italia, y al decidirse á marchar á Francia dió á esta el papel que el reino franco habia representado en tiempo de Pepino y de Carlomagno é hizo nacer entre los Capetos y Alemania un antagonismo que debia tener posteriormente funestas consecuencias. Seguro en Francia contra todo golpe de mano de Enrique V, invitó á este á que se avistara con él en un concilio que habia de celebrarse en Troyes para entrar en negociaciones. A consecuencia de esta invitacion, presentáronse al papa, en Chalons-sur-Marne, el duque Welfo y el arzobispo Bruno de Tréveris como representantes de Enrique; pero en vez de llegar á entenderse, las negociaciones que se trabaron no hicieron mas que aumentar el antagonismo existente; los emisarios alemanes las rompieron amenazando públicamente con que su soberano sabria conseguir en Roma la resolucion apetecida. El papa, en tanto, prescindiendo de la declaracion hecha por los alemanes, — de que en un sínodo celebrado en Francia ningun acuerdo podia tomar relativo á las cuestiones alemanas, — hizo que los obispos reunidos en Troyes reprodujeran la prohibicion relativa á las investiduras. De suerte que el estado de tirantez era casi el mismo que en tiempo de Enrique IV, con lo cual quedó, aunque tarde, justificada la política de este, pues su mismo hijo que le habia destronado se vió muy